



**Centro de Italianística**

---

## **Natalia Ginzburg: Un nombre. Una historia personal y de todos**

**María Victoria González**

Mail: [victoriagonzalez1889@gmail.com](mailto:victoriagonzalez1889@gmail.com)

### **Cómo citar este artículo:**

González, M. V. (2019). "Natalia Ginzburg: Un nombre. Una historia personal y de todos". Trabajo final de Literatura Italiana perteneciente a la cátedra de Literatura Contemporánea de la carrera de Letras de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, presentado en el mes de octubre del año 2019 en Rosario, Santa Fe, Argentina.

---

# Natalia Ginzburg: Un nombre. Una historia personal y de todos<sup>1</sup>

**María Victoria González**

Mail: [victoriagonzalez1889@gmail.com](mailto:victoriagonzalez1889@gmail.com)

## Resumen

En el presente trabajo nos proponemos explorar cuatro ensayos de Natalia Ginzburg: "Invierno en los Abruzzos" (1944), "Los zapatos rotos" (1945), "El hijo del hombre" (1946) y "Mi oficio" (1949), con el objetivo de ingresar en el universo literario de la autora y conocer el modo en que, durante los años de la guerra y las posguerra, se refugió en su verdadero y único oficio: la escritura. Para ello, en nuestro desarrollo, revisaremos cómo construye el registro de su experiencia de vida en estos relatos, definiéndose a sí misma como "narradora de historias" y estableciendo una especial relación con los objetos y elementos de la naturaleza. En este sentido, nuestros análisis se basarán en textos críticos de autores que han estudiado la escritura autobiográfica, entre ellos, Alberto Giordano (2008 y 2013), Leonor Arfuch (2002) y Silvia Molloy (1996). Al final del recorrido, resaltaremos la idea de pensar la voz de Natalia como una voz que representa y abre al mundo las verdades de su generación.

**Palabras clave:** ensayo – oficio – refugio – valores – objetos.

## Riassunto

In questo lavoro vogliamo esplorare quattro saggi di Natalia Ginzburg: "Inverno in Abruzzo" (1944), "Le scarpe rotte" (1945), "Il figlio dell'uomo" (1946) e "Il mio mestiere" (1949), con lo scopo di entrare nell'universo letterario dell'autrice e imparare come, negli anni della guerra e del dopoguerra, si rifugiò nella sua vera e unica professione: la scrittura. Esamineremo quindi il suo modo di costruire la registrazione della propria esperienza di vita in queste storie, definendosi una "raccontastorie", e cercheremo di stabilire un rapporto speciale con gli oggetti e gli elementi della natura. In tale senso, le nostre analisi si baseranno su testi critici di studiosi della scrittura autobiografica, tra cui Alberto Giordano (2008 e 2013), Leonor Arfuch (2002) e Silvia Molloy (1996). Alla fine del percorso metteremo in evidenza l'idea di pensare alla voce della Ginzburg come una voce che rappresenta e apre al mondo le verità della sua generazione.

**Parole chiave:** saggio – lavoro – rifugio – valori – oggetti.

---

<sup>1</sup> La presente es la versión mejorada del trabajo final de Literatura Italiana perteneciente a la cátedra de Literatura Contemporánea de la carrera de Letras, luego presentado en las *VIII Jornadas Estudiantiles de Escritura e Investigación de la Escuela de Letras: "Cuando escribir es investigar"*, realizadas el 7 de noviembre de 2019.

**Abstract**

In this paper we propose to explore four essays by Natalia Ginzburg: "Winter in Abruzzi" (1944), "Worn-Out Shoes" (1945), "The Son of Man" (1946) and "My Vocation" (1949). The objective is entering the author's literary universe and learning about the way in which, during the war and postwar years, she took refuge in her true and only vocation: writing. In order to achieve this, we will review how she builds the record of her life experience in these stories, defining herself as a "storyteller" and establishing a special relationship with objects and elements of nature. In this sense, our analysis will be based on critical texts by authors who have studied autobiographical writing, including Alberto Giordano (2008 and 2013), Leonor Arfuch (2002) and Silvia Molloy (1996). At the end of this journey, we will highlight the idea of Natalia's voice as one that represents and opens the truths of her generation to the world.

**Keywords:** essay – vocation – refuge – values – objects.

En ocasiones, antes de comenzar a leer a un autor, nos agotamos en la lectura de textos críticos, datos bibliográficos, reseñas; nos empeñamos en comprender el contexto y relacionar hechos históricos y políticos, para luego, una vez que estamos “lo suficientemente preparados”, entrar en la obra literaria. Natalia Ginzburg quizá forme parte de otro grupo de autores, aquel al que uno puede conocer casualmente un día y sumergirse en una lectura que es símbolo de un mundo, que aún sabiéndolo ajeno, se nos vuelve cercano y familiar –e incluso, propio-.

En este sentido, por un lado, podríamos leer cualquier biografía sobre Natalia y enterarnos de que nació el 14 de julio de 1916 en Palermo, Sicilia, y que fue criada en el seno de una familia judía de origen triestino. Además, que el fascismo marcó no sólo su infancia, sino su vida entera: tanto su padre, Giuseppe Levi, como sus tres hermanos fueron apresados y procesados por sus ideas antifascistas. También que al contraer matrimonio con Leone Ginzburg, en 1936, la paz no llega a su vida, ya que, este militante antifascista, cofundador de la editorial Einaudi, es desterrado por el régimen y deben viajar a Abruzos con sus hijos y permanecer allí durante tres años. Su final llega cuando es apresado y torturado hasta la muerte en la cárcel de Regina Coeli.

Sin embargo, hay otro modo de conocer estos sucesos que marcaron la vida de la autora, quien durante los años de la guerra y la posguerra se refugió en su verdadero y único oficio: escribir. En *Las pequeñas virtudes* (1962)<sup>2</sup>, nos encontramos con su voz en primera persona, que a través de un conjunto de ensayos autobiográficos -que se publicaron previamente en diversos periódicos y revistas- nos revela aquello que Alberto Giordano resume en una fórmula: el hecho de pensar y experimentar el “paso de la vida a través del lenguaje” (2013, p. 8). En otras palabras, aquellos “(...) momentos del texto autobiográfico en los que la literatura se afirma desbordando las convenciones retóricas y los parámetros referenciales, es decir, los momentos de mayor intensidad afectiva” (2013, p. 8).

Uno de estos ensayos es mi “Mi oficio”, escrito en Turín, en el otoño de 1949, cuatro años después del final de la guerra, seis años después del asesinato de Leone. Allí, Natalia se define como escritora de historias, ya sea de cosas inventadas o de cosas que

---

<sup>2</sup> Todas las citas de los ensayos fueron extraídas de: Ginzburg, N. (2013). *Las pequeñas virtudes*. Barcelona: Acantilado. Por lo que, al citar, sólo haremos referencia al número de página de dicha edición.

recuerda de su vida, cosas en las que entran la memoria y la fantasía. Su escritura refleja un momento en el que, probablemente, el paso del tiempo le permite mirar hacia atrás en busca del valor de lo vivido. Por eso, habla de su oficio como un refugio, como el único lugar seguro que aún posee:

“Cuando me pongo a escribir, me siento extraordinariamente cómoda y me muevo en un elemento que me parece conocer extraordinariamente bien, utilizo instrumentos que me son conocidos y familiares y los siento bien firmes en mis manos” (2013, p. 83).

Su reflexión también recorre aquellos momentos complejos en los que la vida le arrebató su refugio, imponiendo en su lugar, un sentimiento de exilio y nostalgia hacia él. No obstante, la necesidad de escribir, ya sea, por felicidad o por infelicidad, tarde o temprano, regresa; y cuando somos infelices, nos cuenta, sucede que: “En las cosas que escribimos afloran entonces, continuamente, recuerdos de nuestro pasado, nuestra propia voz resuena de continuo y no conseguimos imponerle silencio” (2013, p. 100). En este fragmento se percibe una necesidad de confesar lo íntimo y, si bien, como explica Giordano, la intimidad es en sí misma inconfesable: “(...) resultan auténticas aquellas confesiones que se realizan bajo la presión de algo íntimo en busca de un lenguaje que lo deje ser” (2008, p. 30). Además, según este autor, la vida puede entenderse como un valor; y lo interesante de los géneros en los que se narran hechos autobiográficos: “(...) es la posibilidad que tienen, no sólo de registrarla o narrarla [a la vida], sino, fundamentalmente, de volverla más activa, de intensificarla” (2013, p. 7). Como especialista en narrar historias, Natalia logra, en varios de sus ensayos, registrar su experiencia de vida partiendo de algo tan simple y cotidiano como la relación que el ser humano mantiene con los objetos materiales y con los elementos de la naturaleza, los cuales siempre están ligados a situaciones y sentimientos de pérdida, de nostalgia y de aprendizaje. Así, los lectores nos encontramos ante una prosa en la que se intensifica el valor de las vivencias de la autora, en la medida en que en torno a esos objetos y elementos se constituye, no sólo, la descripción del presente de su enunciación, sino también la posibilidad de hipotetizar sobre el futuro y de reflexionar sobre el pasado en relación a los valores humanos y en relación a su familia.

Al comenzar la lectura de “Invierno en los Abruzos”, ensayo escrito en Roma, en el otoño de 1944, podemos observar cómo Natalia narra lo que significó el confinamiento para ella y para su familia. En este ensayo en particular, encontramos una frase como: “El exilio era el águila, era la estufa verde que crepitaba, era la vasta y silenciosa campiña y la

nieve inmóvil” (2013, p. 14); una frase devastadora en la que los objetos y elementos enumerados resignifican la palabra “exilio” a partir de asociaciones fundadas en sus vivencias personales. En otro pasaje, apela al fuego como un elemento que permite conocer y diferenciar a las personas. En un pueblo desconocido para Natalia y su familia, en el que el invierno se inunda de nostalgia por aquella ciudad, que fueron obligados a abandonar, el fuego quizá represente el miedo a lo desconocido, pero también la posibilidad de refugiarse, al menos por un momento, del dolor de haberlo perdido todo:

“Cuando vine al pueblo del que hablo, al principio todas las caras me parecían iguales, todas las mujeres se parecían, ricas y pobres, jóvenes y viejas. (...) Pero después, poco a poco, empecé a distinguir a Vincenzina de Secondina, a Annuziata de Addolorata, y empecé a entrar en todas las casas para calentarme con sus fuegos distintos” (2013, p. 14).

En los Abruzos, el invierno parece eterno: las visitas a las casas de los vecinos, los paseos de Natalia y sus hijos bajo la nieve, las charlas con su marido, las campanas de Santa María, las compras en la tienda de Girò son momentos que llenan los días de una silenciosa espera por volver a casa, en la que la esperanza no se pierde: “El final del invierno despertaba en nosotros una especie de inquietud. Quizá alguien vendría a visitarnos: quizá por fin ocurriría algo. Nuestro exilio tenía que acabar alguna vez” (2013, p. 19).

Al final, algo ocurre: el invierno y el exilio acaban pero, pocos meses después, arrastran consigo la muerte de Leone. Quizá sin nada más que recordar u optando por el silencio, sólo nos queda la reflexión final en la que se pregunta si esta historia realmente le ocurrió a ella y a su familia; y confiesa: “Entonces yo tenía fe en un porvenir fácil y alegre, lleno de deseos satisfechos, de experiencias y de empresas comunes. Pero aquella fue la mejor época de mi vida, y sólo ahora que ha pasado para siempre, sólo ahora, lo sé (2013, p. 20). La pérdida, la nostalgia y el aprendizaje recorren este ensayo en toda su extensión, y la reflexión final nos recuerda que no sabemos lo que tenemos, hasta que lo perdemos.

Otro ensayo en el que se produce una especial vinculación con los objetos es “Los zapatos rotos”, escrito en Roma, en el otoño de 1945. Al introducirnos en él, inmediatamente notamos que partiendo de un único objeto –los zapatos- y través de un movimiento constante que recorre pasado, presente y futuro, Natalia confiesa intimidades vinculadas a su identidad, sus inquietudes y sus deseos. Comienza refiriéndose al presente: “Yo tengo los zapatos rotos y la amiga con la que vivo en este momento también tiene los zapatos rotos” (2013, p. 21). Más adelante, afirma: “Yo pertenezco a una familia donde

---

todos llevan zapatos fuertes y en buen estado. (...) Cuando vuelvo con mi familia lanzan gritos de indignación y dolor al ver mis zapatos. Pero yo sé que también se puede vivir con los zapatos rotos” (2013, p. 21). Estas frases nos invitan a pensar en los zapatos como objetos esenciales del día a día, ya que nos llevan por la vida y no sólo representan los pasos que dimos y los que deseamos o tememos dar, sino también el sitio en el que estamos parados justo en el momento en que nos detenemos a pensar quiénes somos.

A su vez, la autora cuenta que en la época de la ocupación nazi estaba sola en Roma y no tenía más que un par de zapatos, que no le fue posible llevar a reparar. En ningún momento explicita por qué aún lleva los zapatos rotos, pero nos dice que en comparación a aquellos, los que usa no le parecen tan rotos y que los zapatos ya no le parecen algo muy esencial. Podemos leer allí, entonces, que muy probablemente la necesidad de sobrevivir no le permitió detenerse a repararlos. A su vez podemos preguntarnos ¿qué valor material tiene un par de zapatos cuando una familia se derrumba tan rápidamente? El valor radica en la historia que cuentan, en la posibilidad que le dan de mostrar quién es, de caminar por sus recuerdos y deseos para enseñarnos sus más profundas inquietudes. Se trata de una escritura que “se va haciendo”, que no subraya lo obvio, los esperables desvíos. Al contrario, su relato dibuja un movimiento que sutilmente revela fuertes y crudas verdades.

Este movimiento también incluye un lugar a alcanzar e inquietudes propias del porvenir. Natalia siente próximo el regreso al hogar de su madre, el único lugar parecido a un refugio que aún queda en su vida. Allí se encuentran sus hijos, que todavía no llevan los zapatos rotos. Sin embargo, la incertidumbre la invade y hace que se pregunte: “(...) ¿qué zapatos llevarán de mayores? ¿Qué camino elegirán para sus pasos?” (2013, p. 23). El volver a casa de su madre implica reencontrarse con los afectos pero también estar alerta, atenta a todo, porque aunque sus zapatos ya no le parezcan tan importantes, sí lo son los de sus hijos, que tienen toda una vida para desgastarlos: “(...) tal vez, para aprender después a caminar con los zapatos rotos, sea conveniente tener los pies secos y calientes cuando se es niño” (2013, p. 24).

Nuestro recorrido de lectura nos conduce ahora a “El hijo del hombre”, escrito en Turín, en 1946, un ensayo en el que los objetos cumplen una función fundamental en relación al tono de denuncia que predomina en el texto. En este sentido, las casas dejan de ser hogares para transformarse en construcciones que pueden derrumbarse en cualquier

momento; y ya no importan los objetos que hay en ellas, los colores de las paredes, los aromas, porque allí ya no se puede descansar ni vivir en paz.

Asimismo, en este ensayo, Natalia se identifica con una primera persona plural para transformarse en la voz de una generación marcada, desde la infancia, por el horror: “El peligro, la sensación de tener que esconderse, la sensación de tener que dejar de repente el calor de la cama y de las casas, para muchos de nosotros empezó hace muchos años” (2013, p. 79). La autora alude al hecho de que, para muchos, la guerra comenzó antes, durante los primeros años del fascismo. En este sentido, el contexto es determinante en la escritura de sus ensayos: sus relatos nacen de sucesos que forman parte de la historia de la humanidad y ella, por medio de su voz, nos confiesa su propia intimidad pero, también, la de muchas otras personas que vivieron el mismo dolor. Así, en su escritura se produce una confluencia de valores personales y representativos de una etapa histórica, lo cual puede comprenderse a partir de lo que afirma Leonor Arfuch al retomar a Bajtín, es decir, la idea de que todo sujeto se percibe dentro de una colectividad, por ello, en los relatos biográficos entran en juego no sólo los valores del narrador en cuestión, sino también los del contexto en el que se encuentra inserto: “(...) los valores en juego serán indisolubles de la peculiar inscripción del sujeto en su contexto sociohistórico y cultural (...) tanto en el *actual*, del momento enunciativo, como el que es objeto de rememoración” (Arfuch, 2002, p.108).

En “El hijo del hombre”, el momento enunciativo corresponde a un año después del final de la guerra, en tanto, los hechos aún son cercanos. De todas formas, como explica Natalia, su generación creció sintiéndose en guerra, por lo que, el pasado que es objeto de rememoración se corresponde con sus vidas casi de manera completa: “Es inútil creer que podemos curarnos de veinte años como los que hemos pasado. Aquellos de nosotros que hayan sido perseguidos, nunca volverán a tener paz. Un timbre nocturno no puede significar otra cosa que la palabra «policía»” (2013, p. 77). Los valores y las sensaciones se entrecruzan: creer que ya no es posible volver a ser personas tranquilas, estudiar, pensar, vivir en paz. Todo se resume en la imagen de cada familia que debió huir de su hogar, en cada una de las casas que, de un momento a otro, fue destruida:

“Quizá tengamos otra vez una lámpara sobre la mesa, y un jarrón con flores y los retratos de nuestros seres queridos, pero ya no creemos en ninguna de estas cosas, pues una vez tuvimos que abandonarlas de repente o las buscamos inútilmente entre los escombros” (2013, p. 77).

Cuando nos sumergimos en los ensayos de Natalia, notamos de inmediato que el haber conocido la realidad en su aspecto más desolador, modificó, para ella y para su generación, la forma de relacionarse con el lenguaje, respecto a las generaciones anteriores. En “El hijo del hombre”, confiesa específicamente esta vivencia y la suma a su denuncia sobre los hechos de la guerra:

“Los que son mayores que nosotros siguen muy enamorados de la mentira (...) Nuestro lenguaje les entristece y les ofende. No comprenden nuestra actitud ante la realidad. Nosotros estamos próximos a las cosas en su sustancia. Es el único bien que nos ha dado la guerra, pero nos lo ha dado sólo a nosotros, los jóvenes” (2013, p. 79).

Por otro lado, tal como sostiene Sylvia Molloy, contar hechos autobiográficos no depende de los sucesos en sí, sino de cómo articulamos esos sucesos, almacenados en la memoria, los cuales reproducimos mediante el recuerdo y la verbalización (1996, p. 16). En este ensayo hallamos la voz de una autora que es consciente de cuán responsable hay que ser para poner en palabras sucesos que forman parte de su historia, una historia, que en verdad, es de todos. Así es que el lenguaje se transforma en un arma poderosa, un instrumento para luchar por la verdad y esto implica un compromiso que atraviesa la letra y la vida misma: “No podemos mentir en los libros ni en ninguna de las cosas que hacemos” (2013, p. 79).

Como escritora de historias, cuando habla de su oficio, Natalia dice: “No sé mucho, digo, sobre el valor de los resultados que me ha dado y que podrá darme, o mejor dicho, de los resultados obtenidos conozco el valor relativo, aunque no el absoluto” (2013, p. 103). Nosotros, como lectores, quizá podemos decir que en sus historias, en este caso, relatadas en ensayos, nos invita a su refugio y nos ofrece su vida, nos introduce en un mundo que se nos vuelve propio en la lectura y enciende una chispa de empatía, de interés, de compromiso. El modo de narrar partiendo de objetos y elementos cotidianos sumado a su particular forma de confesarnos sus inquietudes, deseos e intimidades, nos conduce, casi sin darnos cuenta, a comprender y a sentirnos parte de una historia que pertenece a la humanidad, y que por lo tanto, es de todos.

### Texto fuente

Ginzburg, N. (2013). *Las pequeñas virtudes*. Barcelona: Acantilado.

**Referencias bibliográficas**

Arfuch, L. (2002). "La vida como narración". En *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. México DF: Fondo de Cultura Económica

Giordano, A. (2008). *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*. Buenos Aires: Mansalva

Giordano, A. (2013). "Autoficción: entre literatura y vida". En *Boletín/13*, CETyCL.

Molloy, S. (1996). "Introducción". En *Acto de presencia*. México: Fondo de Cultura Económica.